

Juan GARCÍA ÚNICA reseña a Miguel Ángel GARCÍA, «*Sin que la muerte al ojo estorbo sea*». *Nueva lectura crítica de Francisco de Aldana*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2010, 840 págs.

Cómo llamar clásico a un clásico

Es difícil no estar de acuerdo con las palabras que dan inicio al estudio de Miguel Ángel García sobre Aldana: «Hay diversas maneras de llamar clásico a lo clásico» (p. 13). A partir de ellas nos vamos a encontrar con un libro espléndido, generoso y nada aferrado a los tópicos. Un libro extraordinario que no rehúye las cuestiones importantes. De hecho, apenas se lance a por las primeras páginas, el lector se verá invitado a reflexionar acerca de una de éstas: la muy espinosa de las definiciones de lo clásico. Tras un exhaustivo recorrido por algunas de las dilucidaciones más canónicas sobre lo que es un clásico (en concreto las de Eliot, Calvino, Borges y Azorín), y lejos de querer sentenciar con ninguna de ellas, Miguel Ángel García parece sentirse cómodo reconociendo en la poesía de Francisco de Aldana algunos de los parámetros más fecundos de una de las varias definiciones que propusiese en su día Italo Calvino: un clásico nunca termina de decir lo que en realidad dice; nunca agota sus lecturas, obligando a la relectura; incita a leerlo «de verdad» y no «de oídas»; y genera una serie de discursos críticos que en última instancia acabará sacudiéndose de encima.

No obstante digamos que, de todas esas características, las tres primeras simplemente delatarían la fortuna en la elección de Aldana, poeta al que sin ningún género de titubeo pueden aplicársele, pero que es la última la que obliga a una reflexión algo más detenida. Porque sería injusto, y quizá también demasiado cómodo, dar por supuesta la oquedad de los discursos críticos frente a la sustancialidad del objeto al que se aplican. Como no todos los matrimonios son siempre mal avenidos, si es verdad que los clásicos se sacuden de encima esa serie de discursos críticos que generan, no es menos cierto que dichos discursos se agradecen y justifican tanto más cuanto mejor nos hacen ver sus posibilidades y más nos involucran intelectualmente. Así, el Aldana que queda tras la lectura del libro de Miguel Ángel García es un Aldana para el siglo XXI, pero no porque el autor lo haya desligado de su tiempo y de su espacio, o porque lo haya convertido en un espejismo de nuestro propio ombligo, como tantas veces sucede con los poetas del pasado, sino porque, muy al contrario, ha sido capaz de poner en perspectiva una serie de claves ideológicas, radicalmente históricas, que nos presentan como si aún estuviera intacta una escritura poética llena de sentidos, siempre sustanciosa y nunca irrelevante. Quizá no haya mucho más que pueda pedírsele a un libro sobre un clásico. Así, el discurso sobre Aldana que nos propone Miguel Ángel García lo hace bajo la condición de considerarse «nueva lectura crítica», y ninguna de las tres palabras es inconveniente, como veremos.

Para empezar es obvio que no se ha escrito antes, a propósito de Aldana, un libro parecido a éste. De ahí que lo de «nueva» pueda aplicársele con propiedad a su lectura, aunque lógicamente su novedad no radique sólo en un hecho tan evidente. Algo paradójicamente, la lectura que forja Miguel Ángel García muestra ser «nueva» en la medida en que se hace eco de las otras muchas que la han precedido, dialogando con ellas en una alentadora demostración de hasta qué punto puede ser fructífero todavía el debate intelectual en el campo de los estudios literarios. Resulta doblemente elogiabile este esfuerzo en quien ha arriesgado tanto

con el cambio de tercio, pues hay que decir que a Miguel Ángel García ya le conocíamos libros espléndidos acerca de Aleixandre, Juan Ramón Jiménez, las vanguardias del 27 o, más recientemente, la poesía y las poéticas españolas de la modernidad. Dentro de una trayectoria personal tan prolífica, pues, también es «nueva» esta incursión en el Siglo de Oro, de la que sin duda el autor de este libro sale algo más que bien parado. No sólo porque sabe leer —y muy bien— a uno de los mejores y más reivindicables poetas de nuestras letras, sino porque conoce a la perfección cómo se ha leído y, en general, cómo leemos, cuestión esta última mucho más peliaguda de lo que parece.

Valiéndose del oficio que sólo poseen los conocedores profundos de la poesía española, en su sentido integral, nos recuerda García, por ejemplo, que estamos ante un poeta que le sirvió a Cernuda en su día para hablar de su «destino extraño». También que a Aldana se le ha querido leer a menudo, incluso desde perspectivas marcadamente académicas, a partir de la disyuntiva entre la realidad y el deseo, lo cual en última instancia delataría una deshistorización de su escritura. El libro que ahora reseñamos, sin embargo, nos muestra con inteligencia que la actualidad de los clásicos, nuestra pasión por ellos, no requiere que los desliguemos de la Historia. Dado que existen precedentes como los mencionados (es decir, el poeta del siglo XVI visto como exponente y prefiguración del conflicto entre realidad y deseo), la lectura de Aldana que ahora ve la luz puede considerarse con propiedad «nueva» en la medida en que plantea, sobre todo, una lectura distinta. Pese a que al lector le parecerán claves evidentes al acabar el volumen, hay dos ejes que justifican a nuestro modo de ver el carácter marcadamente diferencial de esta propuesta: la ruptura, por una parte, con la visión biologicista o evolutiva que ha caracterizado históricamente la comprensión de Aldana (y que, por lo general, suele estar en la base de todas nuestras ideas acerca de la historia de la literatura); y la puesta de manifiesto, por otra, de la contradicción como rasgo definitorio de la producción ideológica del poeta.

Sobre esos dos parámetros, insistamos, propone Miguel Ángel García una «lectura» compleja y diferente, pero sobre todo una «lectura» en el sentido más minucioso de la palabra. Quienes se acerquen a este volumen entenderán muy pronto por qué es necesario que el autor trace al principio las líneas maestras del propio concepto de literatura tal y como lo entendemos hoy. García tiene la habilidad necesaria para situarse al margen de determinados clichés que siempre han subyacido a la lectura de la literatura humanista, como el de explicarla en tanto parte de un supuesto proceso psicológico que llevaría al descubrimiento de la individualidad, o el de la creencia en otro descubrimiento no menos supuesto: el de la libertad humana a través del lenguaje. Entendiendo que lo que llamamos hoy literatura en las sociedades capitalistas no surgió como triunfo de la libertad, sino precisamente para alimentar la ficción de la libertad, el autor busca volver a leer a Aldana delimitando su propia lógica interna, explicable sólo mediante el emplazamiento en su historia concreta. Una historia que habría que situar justo en la coyuntura de la transición del feudalismo al primer capitalismo, y más en concreto en la producción poética derivada de las matrices ideológicas que legitiman de fondo la pugna de ambos por imponerse. Pero que nadie se apresure a suponer que Miguel Ángel García opta por el análisis sociológico de brocha gorda o el maniqueísmo ideológico. Resulta fatigoso —y desde luego sintomático de un estado actual de cosas— tener que librar por anticipado de esas sospechas a un estudio escrito desde una posición marcadamente materialista, como es el caso de éste, pero lo cierto es que en él se nota la impronta de una escuela (ese marxismo de raíz althusseriana que lleva décadas desarrollándose bajo el magisterio del profesor Juan Carlos Rodríguez) que no se permite ir por esos derroteros de trazo grueso.

En realidad, los principios de escuela sobre los que se construye esta «lectura» crítica de Aldana siempre han gustado de hilar bastante más fino: la tesis de la «radical historicidad de la literatura» y la «literatura como discurso ideológico»; y

la tesis en contra de la supuesta evidencia de un sujeto literario «ahistórico» o eterno. A partir de ellos, todo el libro de García es la demostración extensa, y razonada hasta el extremo, de cómo hubo voces poéticas enunciadas desde postulados que en su origen nada tuvieron que ver con el sujeto transcendental kantiano que todo lo inundó posteriormente, yoes poéticos que por razón de esto mismo requieren ser entendidos dentro de su propia historia, de su propia lógica interna. El del caso concreto de Aldana está más que delimitado en este extenso volumen.

Así, ya en el capítulo introductorio «Aldana clásico y moderno. Hacia una nueva lectura crítica e histórica», no se descuidan pertinentes consideraciones acerca de los tratados perdidos sobre los que nos da noticia el hermano del poeta, Cosme de Aldana, ni sobre la escritura en italiano del joven Francisco. Todo ello, sin embargo, no persigue como fin el habitual de mostrarnos a un poeta en evolución, sino ir hasta el último recoveco de una obra en la que conviven, superponiéndose a veces, tres matrices ideológicas distintas y fundamentales todas ellas para la producción poética española de la transición del feudalismo al capitalismo. Por eso habla Miguel Ángel García de «Tres poetas en Aldana»: el animista laico, el animista religioso y el organicista. En torno a ellos se articula el grueso del libro, dedicando el autor los dos capítulos de la primera parte al animismo de Aldana (laico y religioso respectivamente) y los dos que componen la segunda a su deriva organicista (que no impide que la sacralización de lo público de las «Octavas al rey» coexista con el mejor producto del animismo religioso del último Aldana: la «Carta para Arias Montano»).

No por nada hemos dicho que la «lectura» de Miguel Ángel García es minuciosa, pero todavía debemos justificar por qué pensamos que con toda justicia puede considerarse «crítica». Un autor que, como es el caso de García, no deja sin tocar prácticamente un solo verso suelto de toda la obra en castellano de Aldana podría, muy fácilmente, haber optado por el análisis poema a poema según la ordenación ya canónica de Lara

Garrido, editor al que en todo momento sigue. Sin embargo, ya hemos insistido en que García descarta la idea biologicista de la evolución para hablar de la coexistencia de tres matrices distintas. El primer capítulo de la primera parte «La lógica poética del animismo laico. Escritura del alma y escritura del cuerpo», analiza fundamentalmente al Aldana animista laico, y en concreto la lógica productiva de la noción de «alma bella», de conocida raíz petrarquesca. Es tónica invariable de este libro la de desmenuzar hasta sus últimas consecuencias cada una de las claves que articulan la escritura poética de Aldana, desde la irrupción de la cadena ideológica de la luz hasta la dialéctica presencia/ausencia, pasando por consideraciones acerca del soneto como diálogo anímico para el intercambio de almas, etc. La densidad con la que Miguel Ángel García lleva a cabo esta labor caracteriza también, pues, al capítulo con el que se cierra esta primera parte, en cuyo título el tema está más que precisamente apuntado: «La deriva hacia el animismo religioso. El noble estado: acción y contemplación». Llegados a estas alturas, fácilmente empezaremos a tener la impresión de que Aldana es un poeta que toca como pocos casi todos los palos posibles por los que transcurren las distintas lógicas poéticas de la segunda mitad del siglo XVI, y también de que en cierto sentido el estudio de Miguel Ángel García constituye por ello una inmejorable panorámica, pese a centrarse en un solo poeta.

Es con dicho regusto con el que llegamos a la segunda parte del libro, compuesta al igual que la primera por dos capítulos igualmente densos en los que se van desgranando con detallismo las claves del Aldana organicista, es decir, los ejes de la escritura de un Aldana que también lee la sustancia de las cosas inscrita en su apariencia, y que se sitúa en un mundo dentro del cual la sociedad terrena no es sino un cuerpo orgánico jerarquizado a través de la primacía de la sangre. Aunque hay que decir que el planteamiento no es esquemático y el organicismo de Aldana es visto en convivencia con el animismo religioso o cristiano del que es un magnífico exponente. En el primero de los capítulos

que componen esta segunda parte, «Los dos amores de Aldana (o la inflexión del proceso poético). Entre la batalla interior y la sacralización de lo público», nos encontramos más que nunca antes con el capitán Aldana, cuya vida y escritura se aúnan en el «fecho del Imperio». Y así llegamos a un último capítulo memorable centrado sobre un texto memorable, «Morir en la memoria del mundo. La “Carta para Arias Montano”». Sin duda este comentario será —como lo será este libro— una referencia inexcusable para futuros estudiosos.

Hay, sin embargo, un último sentido en el que el libro hace honor a la palabra «crítica». Filológicamente, no faltan en el capítulo introductorio consideraciones acerca del «proceso poético» de Aldana, desde la primera habilitación textual a cargo de su hermano Cosme (una figura en la que nos hubiese gustado que el autor hubiese profundizado más, siquiera porque nos gustan las historias tan bien narradas) hasta la rehabilitación por parte de algunos de los más ilustres editores que alguna vez fijaron sus ojos en el poeta de origen extremeño (y que, desde los más tempranos como Quevedo, pasando por auténticos próceres como Menéndez Pelayo o, más recientemente, Rodríguez Moñino o Rivers, quizá no supieron apreciar con equidad cuánto le debemos a Cosme, más allá de su torpeza como editor). Como ya hiciese en su día Lara Garrido, García prefiere no condenar a Cosme de Aldana al infierno, mostrando una penetrante comprensión de las circunstancias materiales que rodearon la fijación textual del corpus de Aldana ya desde sus inicios. Sin abandonar la costumbre del resto del libro, todas esas lecturas están revisadas por Miguel Ángel García de manera crítica para acabar ofreciéndonos una imagen coherente de un Aldana contradictorio. Una imagen distinta (crítica, en suma) para los lectores del siglo XXI.

Porque el libro de Miguel Ángel García es efectivamente una «nueva lectura crítica» de Francisco de Aldana. Pero sobre todo es una lección de lectura en el sentido en el que suelen serlo los buenos libros sobre los clásicos: lee y enseña a leer. Porque,